



# La batalla en la embajada cubana el día del golpe

MAX MARAMBIO

**1947** Nace en Santa Cruz, Colchagua.

**1966** Finaliza sus estudios en el Liceo Barros Arana.

**1966-68** Viaja a La Habana con su padre, el diputado socialista Joel Marambio. Se queda en Cuba, donde realiza cursos de guerrilla durante 10 meses.

**1968-70** Regresa a Chile y se suma al MIR. Participa de los asaltos a bancos y otras acciones subversivas.

**1970-71** Asume como jefe del GAP. Deja el cargo en noviembre de 1971. También abandona el MIR.

**1972-73** Realiza tareas de inteligencia para Allende.

**1973-74** Permanece en la embajada cubana en Santiago, bajo la protección de la embajada de Suecia.

**1974-78** Regresa a Cuba, donde ingresa a Tropas Especiales, cuerpo militar de elite, donde llegaría a teniente coronel. Realiza "operaciones secretas" en América Latina, Europa, Medio Oriente y África.

**1979-82** Director del Cimex, empresa estatal cubana de importaciones y exportaciones. Se empieza a vincular al área de los negocios.

**1983** Funda en Cuba una empresa que introduce los gansos en Cuba.

**1985** Se instala en París, donde empieza a vincularse al mundo del cine.

**1986** Se traslada a España.

**1989** Regresa a Chile por primera vez desde su exilio.

**1993** Se instala definitivamente en Chile, donde mantiene las oficinas de ING, su holding, que abarca empresas en 21 países y rubros como el inmobiliario, turístico y agroindustrial.







**D**esde que regresó a Chile convertido en un exitoso hombre de negocios, a principios de los '90, Max Joel Marambio Rodríguez ha concedido numerosas entrevistas y su historia personal ha sido contada en una cantidad considerable de reportajes. En cada uno de ellos, se enfatizan dos aspectos de su biografía: su trayectoria como primer jefe del GAP, encargado de la seguridad del ex Presidente Salvador Allende, y su conversión de guerrillero a empresario de considerable fortuna durante su exilio en Cuba, donde hasta el día de hoy viaja con mucha frecuencia y goza de la confianza y amistad de Fidel Castro.

Sin embargo, entre otros puntos de su currículum, hasta ahora Marambio siempre esquivó referirse a lo que hizo en la jornada del 11 de septiembre de 1973, que vivió desde la embajada de Cuba en Santiago, entonces localizada en las proximidades de Pedro de Valdivia con Pocuro. De la misma forma, nunca abordó detalladamente la historia de su participación en el GAP, los motivos de su salida de ese grupo, su militancia en el MIR o los entretelones de su larga y estrecha relación con el régimen cubano.

"Mi motivación para escribir esta parte de mis memorias con ocasión de los 30 años del golpe militar es que considero que hay que reivindicar una época histórica que ha sido frecuentemente denostada. Hay que contextualizarla para asumir nuestra historia sin odios ni rencores", dijo Marambio, de 55 años, al aceptar la propuesta de **La Tercera**, realizada en marzo, de escribir sobre el tema en el marco de la serie de reportajes especiales preparados por este diario para el 30º aniversario de la caída del Presidente Allende. Su compromiso era abordar el tema en la forma más amplia posible, mezclando su biografía con los hechos. El de **La Tercera**, publicarlo en forma íntegra, sin cortes ni cambios.

El texto que se publica en las próximas páginas relata episodios y hace afirmaciones que provocarán más de alguna controversia. Marambio sostiene, por ejemplo, que el gobierno de Fidel Castro tuvo como política

durante la Unidad Popular enviar armas a Chile sólo con la autorización de Salvador Allende, como lo asegura al narrar la llegada de Andrés Pascal Allende a la embajada cubana el 11 de septiembre para solicitar armamento. Tampoco es probable que sus recuerdos del tiroteo entre fuerzas militares chilenas y las personas atrincheradas en la embajada causen indiferencia. Su testimonio, en todo caso, no se agota en esos capítulos.

Lo que está claro es que Max Marambio, quien era conocido como Ariel Fontana durante el gobierno de la UP, fue un actor y testigo privilegiado de una serie de sucesos sin los cuales es imposible comprender la historia política chilena a partir de los años 60, sea cual fuere el punto de vista que se adopte con respecto a ella. El ahora exitoso empresario adhirió con entusiasmo a la revolución cubana, recibió instrucción militar en las fuerzas de elite de ese país (Tropas Especiales), conoció de muy cerca a Salvador Allende y a su círculo íntimo, y se mueve con una familiaridad en La Habana que pocos, cubanos o extranjeros, pueden igualar.

Sumados, todos esos ingredientes transforman su testimonio en una historia importante e interesante de dar a conocer cuando se cumplen 30 años del golpe militar.





# El golpe, Allende y mis otros fantasmas

## 1. Osvaldo Romo Mena

Agente de la Dina, participó en decenas de sesiones de tortura. Durante la UP fue dirigente en poblaciones bajo la influencia del MIR. Tras el golpe comenzó a detener cuadros de ese partido. El '75 se radicó en Brasil bajo identidad falsa. En 1992 fue extraditado a Chile.



## 2. Miria Contreras, la "Paya"

Estrecha colaboradora de Allende, con quien estaba vinculada sentimentalmente. Durante la UP, manejaba la agenda del Presidente. Vivió el golpe junto a Allende en La Moneda. Logró escapar azarosamente y pasó a la clandestinidad. El '74 se asiló y luego se radicó en Cuba. Murió en Santiago el año pasado.

## 3. Comandante Arturo Araya

Edecán naval de Allende, asesinado el 27 de julio de 1973. Su muerte aún no ha sido aclarada. La oposición culpó a grupos de extrema izquierda del atentado. El gobierno, en cambio, atribuyó el crimen a un complot de ultraderecha que intentaba forzar la intervención militar para derrocar a la UP.

## 4. GAP

Grupo de Amigos Personales de Salvador Allende. En los hechos, el grupo responsable de su seguridad. Formado en 1971 con miembros del PS y el MIR. Al momento del golpe contaba con cerca de 150 efectivos, varios de ellos entrenados en Cuba. Resistieron en La Moneda el 11.





“S i sólo hubiera abrazado a mi madre esa madrugada del 11 de septiembre habría podido adivinar el destino que cambió de manera definitiva nuestras vidas.

En cambio, mi hermano Marcel y yo nos levantamos en silencio y abandonamos el departamento con el mayor sigilo para no despertarla. Hasta hace algunos días no supe que, con los ojos nublados por las lágrimas, nos miró partir desde la ventana del séptimo piso de la torre de San Borja, donde vivíamos entonces, con la idea de que no nos vería nunca más. Su instinto de loba mansa no la engañaba del todo, pero se le confundieron las señales, pues no imaginó que ella también estaría muy pronto cerca de la muerte. La Dina la secuestró de su hogar y se apropió del lugar para siempre. Luego **Oswaldo Romo (1)** la torturó durante 37 días infinitos con el pretexto de saber de sus hijos, hasta entregarla agónica en Tres Alamos, donde permaneció ocho meses más, hasta ser liberada sin cargo ni juicio alguno. Pero entonces no nos despedimos de ella, ni siquiera lo hicimos entre nosotros. Marcel y yo estábamos acostumbrados a los sobresaltos y no creíamos que esta vez sería diferente. El tenía 20 años y yo cumpliría 26 el próximo diciembre de 1973.

La noche anterior había sido larga. En horas de la tarde recibí la información de que se preparaba un sabotaje contra el tren metaletero que transportaba el cobre desde la mina El Teniente. Su voladura sobre un puente arruinaría una de las últimas fuentes de ingreso que le quedaba al país bajo el gobierno de la Unidad Popular y costaría la vida a decenas de personas inocentes. El plan sería ejecutado por uno de los comandos de Patria y Libertad, bajo el mando del coronel jefe del estado de sitio en la zona de Rancagua. La gravedad del hecho aconsejaba consultar con el Presidente Allende y así lo hice saber a “Payita” (2), su secretaria.

Y o no formaba parte ya del gobierno. Hacía ya año y medio, en noviembre de 1971, que había abandonado la jefatura del GAP -la escolta personal del Presidente-, pero manteníamos relaciones de amistad y, de manera no oficial, colaboraba con él en ciertas operaciones de inteligencia, las cuales requerían la coordinación de los partidos de izquierda con la Policía de Investigaciones. Esta gestión había sido particularmente exitosa en el esclarecimiento del asesinato de su edecán naval, comandante **Arturo Araya (3)**, a quien me unía una buena relación y cuya muerte la derecha trató de achacar al gobierno. También colaboraba en el desmantelamiento de la jefatura militar de Patria y Libertad, lo que condujo a la detención de su líder, Roberto Thieme. En la actualidad, cuando me he encontrado con Thieme y hemos conversado, me ha costado pensar que este hombre, capaz de exponer con tranquilidad y buen sentido sus ideas de ahora, sea el mismo que perse-

guí con tesón y detuve, por pura casualidad, una noche en un restaurante del barrio alto.

Mi salida del **GAP (4)** junto a todos los miristas fue el resultado de los crecientes conflictos del MIR con el gobierno de la Unidad Popular. Aunque el Movimiento no formaba parte de la coalición de partidos que integraban el gobierno, el Presidente nos había confiado su propia escolta. Al margen de diferencias políticas, creía en la pureza y honestidad de nuestros planteamientos y nos trataba con la paciencia fastidiada de un papá que tiene hijos rebeldes y discolos, por los que siente, sin embargo, comprensión y cariño. El propio nombre que se confiere a la escolta, Grupo de Amigos Personales, explica la naturaleza de la relación.

Sin embargo, la presencia del MIR en una posición tan cercana a Allende había sido fuente de constantes celos y fricciones con los partidos de la Unidad Popular, especialmente con el Partido Socialista. Pero también en la dirección del MIR existían concepciones erróneas sobre cuál debía ser mi papel en la escolta. Desde el momento en que acepté ocuparme de esa responsabilidad, se pretendió que subordinara mi trabajo junto al Presidente a los intereses políticos y operativos del MIR. Se me indicó que ante una situación de quiebra institucional en el país debía llevar a Allende para donde el MIR decidiera, a lo que me negué rotundamente por considerarlo una transgresión a la confianza en nosotros depositada y planteé que bajo esas reglas debían escoger a otra

persona. Se trataba de un conflicto, ante el cual defendí que la única solución ética era subordinarme al Presidente. Era absurdo estar dispuesto a dar la vida por Allende y no colocarme operacionalmente bajo su mando.

A regañadientes aceptaron mi punto de vista y resolvieron el problema de una manera muy simple: instruyeron a mis subordinados, jóvenes militantes de base, a pasar por encima de mi autoridad y a mis espaldas sustraer documentos, municiones y cualquier otra cosa que la organización considerara útil. Finalmente, en el '71, al abandonar la escolta, sustrajeron un número importante de armas de la casa presidencial, lo que provocó un contencioso permanente entre Allende y el MIR. En mi caso, acentué otras contradicciones, incluso más profundas y relevantes, aunque menos expuestas, relacionadas con mi concepción respecto del papel del MIR en las condiciones políticas chilenas del momento.

Estaba seguro que de Allende no lograría llevar a cabo su revolución pacífica, un enunciado contradictorio en sí mismo. Pero asimismo creía que nosotros no lograríamos nuestras metas sin él. Nos gustara o no, era Allende quien tenía la legitimidad de esa bandera. Coincidíamos en el MIR que, tarde o temprano, el proceso chileno desembocaría en un gran enfrentamiento y yo creía que la estrategia consistía en prepararse para esa etapa. En ello radicaba su especificidad respecto al resto de los grupos de izquierda y, para tal fin, era necesario mantener el carácter clandestino de la organización. Sin embargo, el MIR se volcó a capitalizar fuerzas políticas y sociales, colocando en un segundo plano la preparación militar. Desde mi punto de vista, al involucrarse en el debate político cotidiano, el MIR perdió este carácter insurreccional, descuidó su preparación y socavó la autoridad del gobierno, hasta devenir en polo opositor de izquierda. Esto complicó las relaciones de la organización con la presidencia y su papel en el inestable equilibrio político del momento.



Como jefe del GAP: “Estaba seguro que Allende no lograría llevar a cabo su revolución pacífica”.

Allende me ofreció permanecer en el GAP, pero no lo creí correcto. Tampoco quise continuar en el MIR, pero ni pensar que mi distanciamiento podía acercarme a alguno de los otros partidos de la Unidad Popular. Por el contrario, mi crítica al MIR consistía en que cada día se parecía más a ellos, los unos, viciados de un verbalismo revolucionario inconsecuente, y otro, empujados en un sectarismo pusilánime que no ayudó a la unidad de la izquierda. Aunque esos partidos crearon sus propios aparatos armados para defender al gobierno, lo hicieron sin la conciencia de que en definitiva tendrían que enfrentarse al golpe militar y se aferraron a un código de conducta que la derecha había violentado. Esto me parecía un suicidio político y una irresponsabilidad con la que no podría convivir. Por ello, mis relaciones personales





con algunos de los dirigentes de esos partidos eran malas, en realidad nos detestábamos mutuamente.

A mi última entrevista con Allende me presenté en esa condición de colaborador comprometido, pero independiente, un espécimen bastante raro dentro del extraño escenario político de entonces. Llegué cerca de la medianoche a su casa de Tomás Moro. El Presidente había terminado de cenar y hacía sobremesa después de trabajar en la redacción de un discurso en el cual anunciaría la convocatoria a un plebiscito, una opción desesperada que, más que frenar el golpe, desencadenó los acontecimientos. Tengo entendido que Allende había pensado darlo a conocer días antes, pero el propio Pinochet le había pedido retrasar la convocatoria y el Presidente creía en la lealtad del general. Recuerdo una ocasión en la que Miguel Enríquez, jefe del MIR, acusó a Pinochet de posible golpista y Allende le replicó enfadado. Imagino que enterarse de su traición fue un trago muy amargo para el Presidente y la muerte lo salvó de conocer, además, la saña injustificada del general frente a un hombre que lo había distinguido con su respeto.

El ambiente en la casa era sombrío, no había

motivos de jolgorio, existía conciencia de que el proyecto original de la Unidad Popular estaba perdido y la preocupación de Allende consistía en salvar, con su dignidad intacta, lo que fuera posible del proceso. Como era su costumbre, disfrutaba un whisky después de la cena. No lo acompañé, porque en aquellos días yo era un abstemio estoico y, lo peor, por razones ideológicas. Allende estaba cansado, pero esa condición era casi permanente dadas las presiones de los últimos meses. Sin embargo, se mantenía sereno, con una compostura y un sentido del humor que no lo abandonaron en ningún momento.

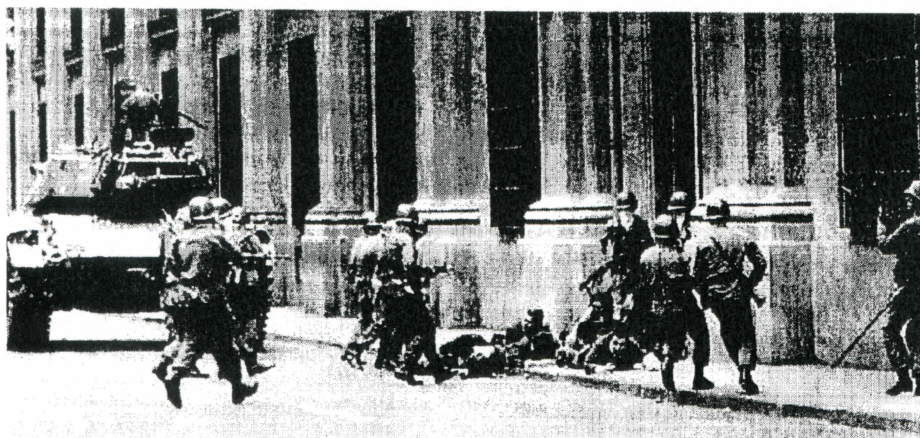
Era difícil que perdiera la ecuanimidad, su estado de ánimo se movía dentro de un diapason muy preciso e incluso estando furibundo, mantenía ese toque de distinguido autocontrol que caracterizaba su personalidad. Esa misma noche fui testigo del fino humor del Presidente ante situaciones extremas. Casi al final de nuestra conversación llegó José Tohá, su ministro del Interior, para comunicarle que desde Valparaíso se movía hacia la capital una unidad de la Marina. Allende, con cierto fastidio, le contestó, "mire, hoy estoy cansado de los avisos de golpe de Estado, tengo un día largo

mañana, cuando lleguen y rodeen la casa me despiertan, para llamar a los nuestros y que rodeen a los rodeadores".

Como era de esperar, Allende consideró inaceptable permitir que se produjera el sabotaje al tren metalero y me pidió dirigirme a Rancagua para evitarlo. Consciente de las consecuencias que podría tener un enfrentamiento con los militares encargados de la acción y temeroso de cargar con la culpa histórica de haber sido "el orate" que provocó el golpe de Estado, le pedí que alguna autoridad me acompañara. Era indispensable, yo no disponía de fuerzas propias y el país vivía un estado de sitio, donde resultaba imposible circular sin esa protección. El Presidente entonces ordenó que me acompañara un grupo de efectivos de la policía civil bajo el mando de su director, Alfredo Joignant, y se agregó el jefe de inteligencia del Partido Socialista, "Máximo", el médico Ricardo Pincheira, asesinado luego de ser detenido al día siguiente en La Moneda.

El viaje fue en balde. El agente infiltrado en el plan nos comunicó que se había recibido la orden de suspender todas las operaciones. Aquello era una indicación de que algo gordo se preparaba. Exactamente era así. Pinochet había dado la orden de "nadie se mueve hasta las cinco" y a las seis puso en marcha el "plan Cochayuyo", el golpe largamente esperado. No obstante, al igual que le ocurría al Presidente, todos estábamos tan hastiados con esa interminable situación de zozobra, que también decidimos "esperar a vernos rodeados" y nos fuimos a descansar.

Violando una medida de seguridad autoimpuesta, la noche previa al día del golpe fui a dormir a la casa que compartía con mi madre y mi hermano. Coincidentemente, mi hermano Marcel hizo lo mismo y la casualidad permitió que nos viéramos, ya que guardábamos una sana y respetuosa discreción respecto de nuestras actividades. Más que molestarme, el hecho de que Marcel continuara en el MIR y que ello le garantizara un puesto en la resistencia, me producía una rara sensación de tranquilidad. Aún siendo ►►



La Moneda, 11 de septiembre: Marambio relata que el día anterior llegó cerca de la medianoche a Tomás Moro, donde tuvo su última conversación con Allende. "El ambiente en la casa era sombrío, no había motivo de jolgorio".





## 5. Departamento Liberación

Creado a principios de los '70 y a cargo del comandante Manuel Piñeiro, fue uno más de los innumerables organismos cubanos para impulsar la revolución en América Latina. Dependiente del Grupo de Operaciones Especiales, Liberación era más político que operativo.

## 6. Manuel 'Barbarroja' Piñeiro

Jefe máximo de la inteligencia cubana durante más de 30 años, Piñeiro se fogueó en la Sierra Maestra como jefe de seguridad de Fidel Castro. Su principal misión era exportar a Latinoamérica la revolución. Casado con la chilena Marta Harnecker, murió en 1998.

## 7. Tropas Especiales

El más célebre cuerpo militar de Cuba. Reúne a la elite de las fuerzas militares. A cargo de la seguridad personal de Fidel Castro y su régimen, hasta hasta 1989- asumieron tareas operativas encubiertas para defender y extender la revolución. Dependen del Ministerio del Interior.

►► un niño se incorporó a la organización por lo que todos le profesaban una atención y un aprecio especiales. Sin embargo, la seriedad de su carácter, su sentido del orden y un valor más consciente que emotivo, le ganaron un lugar propio dentro del grupo el cual no se vio afectado por mis contradicciones. Fue él quien me despertó para comunicarme la noticia del golpe. La información venía de Juancho, el jefe de las fuerzas centrales del MIR, y la confirmamos unos minutos después, mediante otra llamada, esta vez de mi amigo Fernando Comas, uno de los diplomáticos cubanos establecidos en Chile.


Treinta años después, dedicado a cultivar hortalizas y criar pollos en el patio de su casa en La Habana y ya ajeno a la vorágine donde gastó parte de su vida, Comas continúa transmitiendo una fuerza interna tremenda, que viene de su pasión por el trabajo revolucionario. No da la imagen de un tipo especial, tiene el pelo lacio, la tez blanca y los ojos saltones. Le dicen el "Cojo Salchicha", lo de salchicha es un misterio, pero la condición de cojo es evidente y se debió a un accidente que le dañó la pierna derecha. Gozaba de una popularidad tremenda dentro de la izquierda chilena y hasta los cubanos se cuidaban de sus travesuras. No era un burócrata, ni un comunista mojigato, sino un hombre que disfrutaba la política con particular sensualidad. Siendo muy joven, se había fogueado en la lucha clandestina contra la dictadura de Fulgencio Batista y después pasó a formar parte del departamento de **Liberación Nacional (5)** del Partido Comunista de Cuba, bajo la dirección del comandante **Manuel Piñeiro (6)**, el famoso "Barba Roja". Con Comas establecí una relación ajena a los cánones institucionales y nos propusimos hacer revolución un poco por la libre.

*Con los gemelos Tony y Patricio de la Guardia, quien dirigió el combate en la embajada cubana. "Patricio estaba en su ambiente dentro del clima de tensión".*



Cuando abandoné el GAP, solicité al MIR incorporarme como instructor en un centro de entrenamiento guerrillero que el Movimiento tenía en las montañas de Temuco. Desde un principio dejé claro que esta sería mi última actividad dentro de la organización y que lo hacía con el solo propósito de demostrar que no me había acomodado al lado del Presidente. En el campamento se vivían condiciones muy duras, el invierno es muy crudo y en esas montañas llueve a diario. Se trataba de un centro de entre-



LA TERCERA REPORTAJES (STGO-CHILE)				17.08.2003
13.47x19.47	5	Pág. 12		2826587-8

6 5 8 7

*En La Habana con Tony de la Guardia, fusilado por el régimen cubano en 1989 bajo la acusación de narcotráfico: "Tony había estado en Chile a comienzos del '71 como escolta del embajador cubano Mario García Incháustegui".*

namiento para cuadros de la zona que no tenían preparación militar alguna. El objetivo era adiestrarlos para la eventual guerra irregular.

Seis meses después abandoné la organización y busqué la manera de ganarme el sustento comprando y vendiendo automóviles. Entonces pude hacer cosas que mis compromisos políticos antes me impedían. Pololeaba con Valentina, una chiquilla de alegría invencible que me regalaba canciones con su voz prodigiosa. Disfrutamos momentos muy parecidos a la felicidad, pero ese tiempo feliz terminó de improviso el 20 de enero de 1972, cuando un terrible accidente automovilístico costó la vida a Valentina. Yo venía al volante y aquel acontecimiento me dejó deshecho, con un sentido de culpa y una añoranza por ella que resultaban paralizantes.

Sin intención política alguna, más bien para que me sirviera de terapia, mis amigos de la embajada cubana me invitaron a viajar a la isla. Mis anfitriones trataron de que me divirtiera a toda costa, pero aquello no funcionó conmigo. El recuerdo de Valentina me perseguía por todas partes. Regresé a Chile igual de triste, pero con un plan revolucionario que le aportaba un nuevo sentido a mi vida. Comas dio calor a la idea y la hizo crecer con su entusiasmo sin límites y su imaginación desenfrenada. El plan consistía en agrupar a los sobrevivientes de experiencias revolucionarias de otros países de América Latina que vivían en Chile y prepararlos para la resistencia. Mi tarea era crear la infraestructura necesaria para que pudiéramos sumergirnos en la clandestinidad, para ello alquilé casas, compré autos, conseguí documentos y establecí las condiciones para enterramientos de armas que nunca llegaron a realizarse.

Comas, por su parte, se ocuparía de hacer los contactos y coordinar las actividades del grupo. Se suponía que, una vez consumado el golpe, también permanecería clandestino en Chile, aunque con posterioridad sus jefes me confesaron que tal cosa nunca fue discutida y mucho menos aprobada. La instrucción de Fidel era que los cubanos podían actuar en el conflicto chileno sólo si Allende lo solicitaba, de lo contrario tendrían que mantenerse dentro de los límites de la embajada, aunque eso implicara

morir dentro del recinto. "No quiero un muerto fuera del muro", dicen que había dicho. Tal disposición me fue informada pocas semanas antes de la asonada. Ello complicaba la continuación de nuestros planes y, de hecho, impidió que estuviésemos preparados cuando se desencadenaron los acontecimientos. No obstante, a falta de otras alternativas, mantenía la esperanza de poder hacer algo con el grupo y con ese fin no más recibí la noticia del golpe me dirigí hacia la embajada cubana, aunque ello no formaba parte de ningún plan preconcebido.

**E**ra martes, pero Santiago aparentaba vivir una mañana dominguera. Las calles estaban semidesiertas y, aunque los camiones cargados de soldados se movían con mayor frecuencia que otros días, la ciudad no parecía en estado de guerra. Allende ya estaba en el Palacio de la Moneda, había llegado muy temprano acompañado de su escolta personal y un pequeño grupo de asesores. Según los testimonios recogidos, el golpe se había iniciado por la madrugada en Valparaíso y el Presidente se enteró mediante una llamada del general Urrutia, jefe interino de los carabineros, que lo sacó de la cama. En ese momento no se conocían con detalles los mandos implicados ni la magnitud de la asonada. Estoy seguro de que Allende creía contar con el apoyo de una parte importante de las Fuerzas Armadas y de orden, incluyendo al propio Pinochet.

En la embajada cubana también se enteraron de inmediato y decretaron el acuartelamiento del personal. No había 10 mil cubanos como la prensa de derecha había difundido sin sonrojarse, sino unas 119 personas, entre ellas 43 miembros de **Tropas Especiales (8)** encargados de la protección de los funcionarios, de la embajada y de las demás dependencias oficiales. Sólo quedaban siete mujeres, ya que a las demás las habían enviado a Cuba junto con sus hijos. El resto eran diplomáticos, funcionarios y algunos obreros de la construcción. Cuando llegué había un hormiguero de gente creando condiciones para ubicarse en sus puestos de defensa. La embajada parecía otro lugar. Una organización militar había sustituido al protocolo, las oficinas habían sido tomadas y todo estaba subordinado a la lógica de un combate inminente. ►►





*En La Habana con Tony de la Guardia, fusilado por el régimen cubano en 1989 bajo la acusación de narcotráfico: "Tony había estado en Chile a comienzos del '71 como escolta del embajador cubano Mario García Incháustegui".*

namiento para cuadros de la zona que no tenían preparación militar alguna. El objetivo era adiestrarlos para la eventual guerra irregular.

Seis meses después abandoné la organización y busqué la manera de ganarme el sustento comprando y vendiendo automóviles. Entonces pude hacer cosas que mis compromisos políticos antes me impedían. Pololeaba con Valentina, una chiquilla de alegría invencible que me regalaba canciones con su voz prodigiosa. Disfrutamos momentos muy parecidos a la felicidad, pero ese tiempo feliz terminó de improviso el 20 de enero de 1972, cuando un terrible accidente automovilístico costó la vida a Valentina. Yo venía al volante y aquel acontecimiento me dejó deshecho, con un sentido de culpa y una añoranza por ella que resultaban paralizantes.

Sin intención política alguna, más bien para que me sirviera de terapia, mis amigos de la embajada cubana me invitaron a viajar a la isla. Mis anfitriones trataron de que me divirtiera a toda costa, pero aquello no funcionó conmigo. El recuerdo de Valentina me perseguía por todas partes. Regresé a Chile igual de triste, pero con un plan revolucionario que le aportaba un nuevo sentido a mi vida. Comas dio calor a la idea y la hizo crecer con su entusiasmo sin límites y su imaginación desenfrenada. El plan consistía en agrupar a los sobrevivientes de experiencias revolucionarias de otros países de América Latina que vivían en Chile y prepararlos para la resistencia. Mi tarea era crear la infraestructura necesaria para que pudiéramos sumergirnos en la clandestinidad, para ello alquilé casas, compré autos, conseguí documentos y establecí las condiciones para enterramientos de armas que nunca llegaron a realizarse.

Comas, por su parte, se ocuparía de hacer los contactos y coordinar las actividades del grupo. Se suponía que, una vez consumado el golpe, también permanecería clandestino en Chile, aunque con posterioridad sus jefes me confesaron que tal cosa nunca fue discutida y mucho menos aprobada. La instrucción de Fidel era que los cubanos podían actuar en el conflicto chileno sólo si Allende lo solicitaba, de lo contrario tendrían que mantenerse dentro de los límites de la embajada, aunque eso implicara

morir dentro del recinto. "No quiero un muerto fuera del muro", decía que había dicho. Tal disposición me fue informada pocas semanas antes de la asonada. Ello complicaba la continuación de nuestros planes y, de hecho, impidió que estuviésemos preparados cuando se desencadenaron los acontecimientos. No obstante, a falta de otras alternativas, mantenía la esperanza de poder hacer algo con el grupo y con ese fin no más recibí la noticia del golpe me dirigí hacia la embajada cubana, aunque ello no formaba parte de ningún plan preconcebido.

**E**ra martes, pero Santiago aparentaba vivir una mañana dominguera. Las calles estaban semidesiertas y, aunque los camiones cargados de soldados se movían con mayor frecuencia que otros días, la ciudad no parecía en estado de guerra. Allende ya estaba en el Palacio de la Moneda, había llegado muy temprano acompañado de su escolta personal y un pequeño grupo de asesores. Según los testimonios recogidos, el golpe se había iniciado por la madrugada en Valparaíso y el Presidente se enteró mediante una llamada del general Urrutia, jefe interino de los carabineros, que lo sacó de la cama. En ese momento no se conocían con detalles los mandos implicados ni la magnitud de la asonada. Estoy seguro de que Allende creía contar con el apoyo de una parte importante de las Fuerzas Armadas y de orden, incluyendo al propio Pinochet.

En la embajada cubana también se enteraron de inmediato y decretaron el acuartelamiento del personal. No había 10 mil cubanos como la prensa de derecha había difundido sin sonrojarse, sino unas 119 personas, entre ellas 43 miembros de **Tropas Especiales** (8) encargados de la protección de los funcionarios, de la embajada y de las demás dependencias oficiales. Sólo quedaban siete mujeres, ya que a las demás las habían enviado a Cuba junto con sus hijos. El resto eran diplomáticos, funcionarios y algunos obreros de la construcción. Cuando llegué había un hormiguero de gente creando condiciones para ubicarse en sus puestos de defensa. La embajada parecía otro lugar. Una organización militar había sustituido al protocolo, las oficinas habían sido tomadas y todo estaba subordinado a la lógica de un combate inminente. ➤➤

## 8. Patricio de la Guardia

General cubano, junto a su hermano gemelo Tony fue uno de los combatientes de mayor confianza de Castro. Jefe de operaciones de Tropas Especiales. Para el golpe era jefe de la misión militar en Santiago. En 1989 fue condenado a 30 años de cárcel en un juicio por narcotráfico donde fueron fusilados cuatro altos militares, entre ellos su hermano. Hay versiones que sostienen que el proceso fue la excusa para una purga. Vive en Cuba.

**“Mi primera tarea en la embajada fue ayudar a Luis Fernández Oña (yerno del presidente) a quemar la papelería privada de Salvador Allende. El presidente le había encomendado destruirla en caso de que se produjera el golpe. Organizamos una hoguera en el patio y cuidamos con celo que las llamas consumieran hasta el último papellito”**



►► Comas no se encontraba allí. Le habían encomendado ir a ver a Samuel Riquelme, segundo jefe del cuerpo de investigaciones, y actualizarse de lo que estaba ocurriendo. No pudo llegar debido a los cordones de carabineros que ya rodeaban el Palacio de la Moneda e impedían el acceso a las instalaciones gubernamentales cercanas. Aún no se trataba de tropas golpistas, sino de los hombres encargados de cuidar al Presidente, los cuales se retiraron alrededor de las nueve de la mañana, una vez que los carabineros también se plegaron al golpe.

Quien me recibió fue Juan Carretero, consejero de la Embajada y uno de los promotores de mi último viaje a Cuba. Juan había completado su misión, casualmente se disponía a despedirse esa noche del cuerpo diplomático y partir un día después para Cuba. Con la mayor naturalidad del mundo encomendó al capitán **Patricio de la Guardia (8)**, recién llegado jefe de protección de la Embajada, que me entregara un módulo de combate y me asignara un puesto en la defensa. "Te asumimos como un combatiente cubano más", me dijo Juan muchos años después, y le agradezco la deferencia. La parafernalia guerrera incluía un fusil AKM, un arnés con 4 cargadores de 40 balas, 2 granadas de mano y una careta antigás que no había utilizado nunca y que, a riesgo de morir asfixiado, tampoco me puse ese día.

Patricio estaba en su ambiente dentro del clima de tensión reinante. Nos unía una relación desarrollada en Cuba, que incluía a su hermano Tony, que también había estado en Chile a comienzos del 71 como escolta del embajador cubano Mario García Incháustegui. Patricio y Tony eran gemelos, su origen burgués, la combinación de sus dotes militares con su interés por el arte, la navegación marítima y otras rarezas para quienes son considerados "hombres de acción", los convirtieron en personajes singulares y atractivos en Cuba y le ganaron fama exagerada de aventureros y mujeriegos. En un acto

inspirado más en la irresponsabilidad que en el afán de lucro, pero que de todas formas le condenó a morir frente a un pelotón de fusilamiento, Tony se involucró en operaciones de narcotráfico y Patricio, siendo ya general del Ministerio del Interior, estuvo comprometido con su hermano, por lo que fue condenado a 20 años de prisión en 1989. Mucho tiempo antes nos habíamos distanciado debido a severas diferencias personales con Tony, pero aún los recuerdo con afecto, evocado ahora de manera especial cuando escribo sobre ese día. Este sentimiento viene del tiempo en que juntos cabalgábamos sobre nuestros sueños de un mundo mejor y vivíamos la revolución como una novela de caballería. Éramos dueños del futuro y nada sobre la tierra podría impedir ese designio. Eso, antes de que un día extraviaran el rumbo y arriaran nuestra bandera de corsarios para naufragar en escaramuzas de piratas.

No tuve dudas en unirme a la defensa de la Embajada cubana, más bien lo consideré un deber que cumpliría con gusto. Al igual que el palacio de La Moneda, era un objetivo seguro de ataque en caso de golpe. Las agresiones contra la instalación y los funcionarios cubanos habían sido constantes, y el vínculo de Allende con Fidel Castro, una de las excusas esgrimidas por la derecha para justificar la escalada terrorista. "Viene Yakarta", decía la derecha en sus grafitis, para recordar cómo los golpistas indonesios arrasaron la Embajada china asesinando a todos los funcionarios en una orgía de sangre que duró años y concluyó con un millón de ciudadanos muertos acusados de comunistas. Estar allí era una manera de demostrar mi solidaridad con la revolución cubana y compartir la suerte

Para mí, Cuba no era un país, sino una matriz, una fuente de energía revolucionaria que había nutrido de manera trascendental mi formación personal. La revolu-





ción cubana aportaba a los pueblos latinoamericanos la confianza en la posibilidad del triunfo y constituía un ejemplo de independencia y dignidad nacional. Para los jóvenes de mi generación fue, además, la pasión de la epopeya, la capital de nuestros sueños.

Había vivido en Cuba dos años. La visité por primera vez en 1966 acompañando a mi padre, el diputado socialista Joel Marambio, que formaba parte de una delegación de parlamentarios chilenos que incluía a Salvador Allende. Una noche nos encontramos con Fidel Castro y, a punto de despedirse, Fidel me preguntó qué me gustaría estudiar, le dije que arquitectura y entendió, o quiso entender, agricultura. Así que terminé estudiando agronomía, una carrera entonces de moda en Cuba, debido a los planes de desarrollo agrícola en los que el gobierno estaba enfrascado y que Fidel dirigía personalmente. Con tal de quedarme en Cuba, acepté la oferta.

A mi padre le encantó la idea y no dudo que haya sido cómplice en la encerrona. Era un hombre de origen humilde, empresario de ideas avanzadas, cuya base política la constituían los campesinos de Colchagua, la provincia más agraria del país. Las relaciones allí eran casi feudales, gente dispersa en fundos y haciendas, donde los trabajadores no contaban con ningún tipo de organización. Mi padre se transformó en un caudillo, creó la federación campesina El Surco, que agrupó a más de 32 mil afiliados y los instruía y movilizaba mediante los micrófonos de Radio Santa Cruz, en la cual tenía un programa diario. Con este apoyo fue electo diputado con una votación extraordinaria, de ahí su intención de convertirme también en un joven parlamentario y con seguridad hubiese logrado su propósito, pero rechazé de plano la propuesta. Nada más ajeno a mis planes que integrarme a la constitucionalidad burguesa chilena. Yo quería ser guerrillero y combatir junto al Che Guevara. Tenía entonces 18 años.

A decir verdad no tenía la menor idea de dónde combatía el Che, pero me importaba poco. Los revolucionarios habíamos globalizado el mundo mucho antes que Fukuyama.

Aproveché las visitas frecuentes de Fidel al grupo de estudiantes de agronomía y su atención especial hacia mí debido a la relación con mi padre, para insistirle en mis intenciones, "estás muy joven para esos trajines", me decía, pero yo le rebatía recordándole la biografía de jóvenes revolucionarios cubanos, incluso, la suya propia. Para rematar, armé una crisis que terminó con mi dudoso futuro agronómico. Me fui de la casa donde estábamos y acabé durmiendo, casi clandestino, en el edificio de una escuela de pesca, hoy día un hermoso hotel de La Habana. En definitiva, mi impertinencia debe haberle sacado de quicio y algún día apareció, sin cita previa, un añorado reclutador de guerrilleros.



*"Una mañana me despertaron con la terrible noticia de que habían matado al Che. La desaparición de aquel hombre extraordinario truncaba mi proyecto más querido".*

¿Entonces quieres integrarte al movimiento de liberación nacional? Sí, por supuesto. ¿Para combatir en cualquier parte? En cualquier parte. ¿Con el Che o sin el Che? Está bien. Tendrás que pasar por pruebas difíciles. Está bien. ¿Estarías dispuesto a lanzarte en paracaídas? Sí. ¿Temes a los perros? No. ¿Hablas dormido? No, pero sí ronco.

Me creyó o no, después supe que era intrascendente parecer valiente, el problema era demostrarlo. Al poco tiempo ya estaba instalado

en una casa de seguridad, rodeado de gente tan anónima como yo. Era el único chileno en el grupo y no me tropecé con ninguno otro. Había un peruano tan cauteloso que nunca he sabido quién era. También tres argentinos con los cuales no me llevaba muy bien, debido a que su nacionalismo no cuadraba con mi lógica internacionalista. A uno de ellos lo reconocí años después, en una foto donde la prensa daba cuenta de su muerte en una emboscada en Buenos Aires. Se trataba de Fernando Abal Medina, fundador y dirigente de los Montoneros.

Siquiátras y sicólogos indagaban hasta la vergüenza en nuestros gustos y me acostumbré a compartir recuerdos ingratos. Si no lo dije todo seguro sufrí la culpa de mi silencio. No era un lugar para hacer amigos, todos utilizábamos seudónimos, ocultábamos nuestros acentos y nada de entretenerse con historias personales en las interminables noches de guardia, de lo contrario terminarías descalificado para la profesión de subversivo.





Nos entrenamos en táctica guerrillera en las montañas del centro de la isla. Era una preparación rigurosa y algo peligrosa, sólo los jefes de las tropas que nos perseguían conocían nuestra verdadera naturaleza, para el resto de los combatientes éramos bandidos contrarrevolucionarios. Hubiese sido humillante resultar atrapado y, aunque nunca nos hubiesen asesinado o torturado, no hubiera sido nada fácil sobrevivir a una emboscada verdadera montada por aquellos milicianos deseosos de regresar a sus casas. Después estuvimos en otras bases ubicadas en el occidente, había más gente, el entrenamiento era más específico, las condiciones de vida más llevaderas y el número de personas mucho mayor. Dormíamos en barracas y contábamos con letrinas instaladas cerca del campamento, aunque yo seguía prefiriendo el monte.

Una mañana me despertaron con la terrible noticia de que habían matado al **Che (9)** en Bolivia. Aunque nadie me había dicho con certeza de que iría realmente a combatir a su lado, la desaparición física de aquel hombre extraordinario truncaba mi proyecto más querido. Sin embargo, su muerte no provocaba una sensación de vacío. Quizá se debía a que llegó a poseer en vida cualidades místicas reservadas a los muertos. Ciertamente don de la ubicuidad lo había convertido en un jefe omnipresente y su muerte no cambiaba esa condición. Más que frenarme, aquella tragedia aceleró mis impulsos revolucionarios y los dotó de un sentido de urgencia que no tenían hasta entonces. Pensé en contactarme con el **ELN boliviano (10)**, pero ya no tenía sentido. Mi mejor opción era regresar a Chile y así volví al punto de partida, como casi siempre ocurre, sólo que ya no era el mismo.

Mi padre viajó a Cuba y fue entonces cuando le manifesté, con toda mi arrogancia juvenil, que jamás sería algo tan poco apreciado como diputado de la República. Mi intención era promover la revolución en Chile. Su respuesta fue más osada que mi oferta: "Perfecto, trabajemos entonces por la revolución chilena, me pongo a tu disposición para lo que necesites". Siempre

tendré que agradecerle aquella humildad producto de la experiencia, y su rara tolerancia a esa altura de la vida. Sin duda, más que en mí, creyó en sus propios instintos. Contando apenas 46 años de edad murió prisionero de los militares en su casa de Colchagua, gravemente enfermo, muy cerca de la gente que de seguro extrañaba sus arengas por la radio. Sólo mi hermana pudo verlo ocasionalmente y asistir a su entierro en fosa común y al anochecer. Velas con mandas y flores sencillas marcan aún el sitio donde reposa. ➡➡

#### 9. Muerte del Che Guevara

El 8 de octubre de 1967, la columna de 17 hombres comandada por Ernesto Guevara es emboscada por el ejército boliviano. Herido, es tomado prisionero, interrogado y fusilado por un pelotón en el pueblo de Huigueros. Su cuerpo, tras ser fotografiado, es enterrado en un lugar secreto.



#### 11. Miguel Enríquez

Secretario General y fundador del MIR en 1965. Estructurado como una organización político-militar, desde 1967 el MIR combinó la preparación para la lucha armada con la acumulación de poder de masas. En 1969 pasó a la clandestinidad y el propio Enríquez encabezó asaltos a bancos y acciones de propaganda armada. Mantuvo una ambigua y conflictiva relación con Allende. Tras el golpe dio la orden de resistir. Murió el 5 de octubre de 1974 en una emboscada de la Dina.

#### 10. ELN boliviano

Movimiento guerrillero creado a instancias de Ernesto Guevara en torno a 1967. Tras la muerte del Che fue prácticamente desmantelado. Su reagrupación recibió el apoyo de un sector del PS chileno conocido como "los elenos". Uno de sus miembros era Beatriz, la hija de Salvador.

#### 12. General René Schneider

Ex comandante en jefe del Ejército. El 22 de octubre del '70, un grupo de extrema derecha interceptó su auto y uno de sus miembros lo asesinó disparándole a quemarropa. La operación fue apoyada por la CIA y buscaba que las FF.AA impidieran que el Congreso ratificara a Allende.

*Nos entrenamos en táctica guerrillera en las montañas del centro de la isla. Era una preparación rigurosa y algo peligrosa. Sólo los jefes de las tropas que nos perseguían conocían nuestra verdadera naturaleza, para el resto de los combatientes éramos bandidos contrarrevolucionarios".*



►► La experiencia de mi padre sirvió de inspiración a mis planes y su ayuda fue decisiva en los primeros pasos. Mi lógica era hacer lo mismo que hacía el viejo, pero con un criterio armado, una especie de insurrección campesina, algo similar a los partisanos franceses, mitad trabajadores y mitad guerrilleros. Enredado en esa tarea conocí a Luciano Cruz, un líder estudiantil popular y extravertido, audaz hasta la irresponsabilidad, pero muy buen tipo, quien me contó lo que estaban haciendo en la Universidad de Concepción, que fue la cuna del MIR. Luciano Cruz pudo morir de muchas maneras, pero tuvo la muerte que menos se merecía; ocurrió mientras dormía en un nido de amor que, además, le servía como casa de seguridad. Le sacó del juego el monóxido de carbono de una estufa de parafina, en el primer año de gobierno de Allende.

En Concepción, surgió la peregrina idea de unir a los campesinos con los estudiantes, para que los últimos aportaran los cuadros que, supuestamente por razones culturales, no podía producir el movimiento campesino. Era a fines del 68 durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva. El jefe del MIR era **Miguel Enríquez (11)** y desarrollé con él una relación vital y fraterna. Miguel, un joven médico, carismático, brillante expositor, contribuyó a que aquello que empezó como una relación de colaboración informal se transformara en una cuestión orgánica y en esa dinámica terminamos tragados por la antropofagia de la gran ciudad. Ya estando en Santiago constituimos una dirección de 12 miembros. En el grupo pesaba mucho la formación teórica de la mayoría de los integrantes. Algunos padecían una verdadera indigestión de textos revolucionarios, con cierta predilección por Trotsky, así que nos desgastábamos tratando de aplicar aquella teoría a la realidad chilena. Miguel representaba un tipo de revolucionario que yo no había conocido en Cuba. Un hombre que había llegado a la decisión revolucionaria por razones estrictamente intelectuales y su idea de acción política estaba mucho más influida por la revolución rusa que por la cubana. Su tendencia natural era avanzar hacia una organi-

**Ulises Estrada alegaba que el MIR no contaba con las condiciones de seguridad mínimas para transportar armas y se corría el riesgo de una represalia contra la embajada si eran capturados”.**

zación de masas más que a una conspirativa. Su contradicción vital era que él quería ser Lenin en la época del Che Guevara.

Miguel tenía madera de jefe revolucionario y una calidad humana a prueba de todo. Hasta su muerte seguimos siendo amigos a pesar de no compartir un proyecto político común. Me achacaban una inclinación “foquista” que bien visto no era exacta, pero que me otorgó cierto *status* de guerrillero. Para contentarme me entregaron la tarea del “MIR de la Guerra”. Hacíamos exploraciones a través de las montañas hasta la frontera con Argentina, lo que llamó la atención de contrabandistas, arrieros y lugareños, incapaces de descifrar los propósitos de aquellos jóvenes pueblerinos que caminaban sin rumbo lógico, con los pies destrozados y la moral maltrecha. Entonces nos dimos cuenta de que nuestros planes adolecían de un detalle muy simple, hacía falta dinero, así que decidimos “expropiar” bancos, un eufemismo político para calificar los asaltos a mano armada.

Actuábamos a cara descubierta y los pasquines con nuestras fotos servían a la propaganda destinada a impedir el triunfo de la Unidad Popular en las elecciones, algo en lo que tampoco nosotros creíamos. Sin embargo, hasta ese momento, ninguna de nuestras acciones había tenido consecuencias trágicas y gozábamos de la simpatía que genera, en la mayoría de la gente, la osadía y el romanticismo de la juventud. Nos habíamos instalado en la sociedad chilena a partir del modelo caballeresco de los Tupamaros uruguayos y nuestras operaciones eran reportadas como novelas de aventuras por los medios informativos. Gastábamos muchas horas-hom-

bre y corríamos riesgos adicionales para impedir que se produjeran víctimas, ya que considerábamos que Chile no estaba preparado para una violencia descarnada, ni siquiera con intenciones revolucionarias.

Las reglas cambiaron cuando Allende ganó las elecciones. Le decretaron la guerra como si el presidente electo por los chilenos se hubiese apoderado ilegítimamente del país. El mito de la penetración cubana y soviética vino a ocultar la verdadera intromisión norteamericana, la cual trató de sabotear las elecciones, alentó y financió actividades terroristas, como el asesinato del general **Schneider (12)** y promovió el golpe de Estado. A esa campaña se sumó la mayoría de la prensa, los partidos de oposición y sectores de la Iglesia Católica. El proceso de desmantelamiento de la democracia culminó aquella mañana del 11 de septiembre y comenzó una nueva etapa, a partir de la cual cientos de miristas murieron en la paradoja de defender un Estado constitucional que antes habían cuestionado. Quedó cerrado un capítulo de la historia chilena, donde hasta los subversivos podían darse el lujo de ser caballeros.

**M**i primera tarea en la embajada fue ayudar a **Luis Fernández Oña (13)** a quemar la papelería privada de Salvador Allende. El Presidente le había encomendado destruirla en caso de que se produjera el golpe. Le prohibió conservarla, tampoco llevarla para algún lugar seguro en Cuba. Como era una cantidad apreciable y el horno estaba ocupado en la destrucción de los documentos cubanos, organizamos una hoguera en el patio y cuidamos con celo que las llamas consumieran hasta el último papelito. No fue casual que Allende escogiera a Luis para una misión tan delicada, el funcionario cubano era también el esposo de su hija Beatriz, “Tati” y el padre de una nieta del Presidente. En el momento del golpe, “Tati” estaba embarazada de un varón que Allende no llegó a conocer. Ella resistió en La Moneda hasta que su padre le pidió mar-





charse y volvió a encontrarse con Luis cuando éste logró recogerla al otro día en la madrugada. Se habían conocido cuando ambos trabajaban en el apoyo a la guerrilla del Che en Bolivia y contrajeron matrimonio antes del triunfo de la Unidad Popular.

Más tarde me tocó ocupar un puesto en las habitaciones utilizadas por el encargado de las comunicaciones, en el tercer piso de la embajada. Era una vieja mansión de magnificente arquitectura inglesa, ubicada al final de la calle de Los Estanques, fue construida a principios del pasado siglo y con posterioridad fue ocupada por los mormones, los que terminaron por demolerla. Las paredes del tercer piso eran de tabique, en realidad una trinchera poco adecuada, por lo que cada cual trató de mejorar su parapeto y los escudos más insólitos pasaron a formar parte de la indumentaria de aquella extravagante tropa. Por ejemplo, Michel Vázquez, un experto en comercio exterior que asumió con lógica matemática su nueva condición de soldado y cargaba con un colchón para todas partes. Todavía me pregunto en qué película aprendió que aquello era capaz de frenar las balas de una ametralladora. Como no poseía la experiencia en sobrevivir de los cubanos, preferí la oportunidad a la seguridad y abrí un hueco en el techo de tejas, buscando mejor visibilidad sobre una ametralladora que constituía el objetivo que se me había asignado.

En eso nos diferenciamos chilenos y cubanos. Estos tienen un sentido menos trágico de la vida. Sólo la extraordinaria disciplina que les inspiraba una orden de Fidel Castro podía mantenerlos dentro de aquella ratonera. Su instinto era buscar el mejor terreno para combatir y vender cara una existencia a la que no renunciarían con facilidad. La intención original era salir en apoyo de Allende y se prepararon para dirigirse donde éste les indicara. Pero el Presidente se

negó a aceptar esta colaboración, les pidió que no interviniesen en un conflicto que consideraba estrictamente chileno. No quería regalar excusas a los golpistas ni comprometer a los cubanos, más bien le preocupaba la seguridad de la Embajada y recomendó tomar medidas al respecto. Este deseo me lo ratificó su hija Beatriz, cuando la llamé a media mañana para ponerme a la disposición del Presidente y cerrar así un capítulo de mi vida que podía ser el último. De todas formas dudo que hubiese sido posible cumplir con mi oferta. En ese momento, el Palacio se hallaba bajo el disparo de los tanques y en la esquina de la embajada cubana ya estaba apostado un grupo de Patria y Libertad que intentaba interrumpir el acceso, colocando grandes bobinas de papel y quemando tambores con aceite.

**D**os miembros de la comisión política del MIR -Andrés Pascal Allende y Arturo Villavela- habían tenido que traspasar esa barrera cuando se acercaron para solicitar armas. Hasta el Ejército llegó a creerse la fábula de que el MIR contaba con arsenales de armas para hacerles resistencia. La realidad estaba bien lejos de esta suposición. Contrario a lo que se creía entonces y se ha repetido siempre, el MIR no había recibido armas de Cuba. La política del gobierno cubano consistía en entregarlas sólo a quien Allende ordenara, de esta manera se salvaba el principio legal de no actuar sin la autorización del Presidente y se reafirmaba la confianza depositada en Salvador Allende. Investido de esta autoridad, Allende prohibió que se le entregaran armas al MIR y los cubanos

fueron respetuosos de ese deseo. Las escasas armas que el MIR poseía fueron las sustraídas ilegalmente de la residencia presidencial de Tomás Moro.

**Ulises Estrada (14)**, un negro alto y delgado, de modales parsimoniosos y profunda voz de tenor, decidió no entregarles armas. Era el representante del Departamento de Liberación Nacional y, en un caso extraordinario como el de Chile, constituía la máxima autoridad de la embajada. Su jerarquía superaba incluso la del embajador, aunque Ulises me ha contado que sus relaciones con García Incháustegui eran sumamente respetuosas y fraternales.

Ulises alegaba que el MIR no contaba con las condiciones de seguridad mínimas para transportar armas y se corría el riesgo de una represalia contra la embajada si eran capturados. Aquello provocó el disgusto de los enviados del MIR y la solidaridad hacia ellos de la mayoría de los dirigentes de la embajada. A mí no me correspondía intervenir y estuve al margen de la negociación, incluso pasaron años antes de que comentara el acontecimiento con cualquiera de sus protagonistas. Debo decir que, aunque me hubiese gustado que les entregaran las armas cualesquiera que fuesen los riesgos, también me consta que llegaron sólo en una camioneta y no contaban con apoyo operativo. A punto de retirarse, un funcionario cubano les regaló su pistola, "esto no pueden prohibírmelo", les dijo. El gesto tuvo un valor que superó el simbolismo, les sirvió para hacer frente y escapar con vida a la encerrona que les tenían preparada en la esquina.

**“Horas después llamó el general Benavides para insistir en las amenazas y anunciar que “nivelarían el poder de fuego”. A partir de ese momento se intensificó el cerco, los militares desocuparon algunas casas aledañas e instalaron armas de grueso calibre en balcones, azoteas de edificios y sobre unos estanques situados en un parquecito frente a la embajada”.**





Beatriz "Tati" Allende y su esposo, el cubano Luis Fernández Oña. "Los militares llamaron para confirmar la muerte de Allende y solicitar que Luis los ayudara a ubicar a la familia para llevar a cabo el sepelio. El aceptó, con la condición de que se permitiera el asilo de la familia".

### 13. Luis Fernández Oña

Miembro del Departamento de Liberación Nacional cubano. En 1970 se casó con Beatriz, hija de Allende. Instalado en Chile, era el responsable de las relaciones entre la UP y la revolución cubana. El 12 de septiembre de 1970 salió junto a Beatriz "Tati" Allende y la hija de ambos rumbo a Cuba.

### 15. Almirante Patricio Carvajal

El 11 era el jefe del Estado Mayor de la Defensa. Fue el coordinador del golpe, pues se encontraba en frente de La Moneda en el Ministerio de Defensa, y se comunicaba por radio con los comandantes en jefe. Muy cercano al almirante Merino, fue el primer titular de Defensa del régimen.

### 17. El entierro de Allende

El 12 de septiembre del '73, el cuerpo de Salvador Allende fue trasladado a Viña del Mar en un avión Fach y enterrado en el Cementario Santa Inés. Al entierro sólo pudieron asistir su esposa, Hortensia Bussi; su hermana Laura; los hermanos Grove, sus sobrinos y su edecán aéreo.

### 14. Ulises Estrada

Miembro del Departamento de Liberación y jefe político de la embajada. Dueño de un sólido currículum revolucionario, en los '60 estuvo a cargo de operaciones en África y luchó junto al Che en el Congo el '65. Después del golpe fue embajador en Jamaica, de donde fue expulsado. Hoy dirige la revista Tricontinental, en La Habana.

### 16. Danilo Bartulín

Dirigente socialista y médico personal de Salvador Allende. Vivió el golpe en La Moneda, de la que logró escapar azarosamente. Fue detenido un día después y llevado al Estadio Chile. Allí estuvo con el cantautor Víctor Jara, asesinado. Pronto fue trasladado al Estadio Nacional.

Al mediodía, la tensión aumentó cuando se produjo un tiroteo entre unos soldados y dos custodios que guardaban la zona del estacionamiento interior de la Embajada. Resultó que tres soldados se habían encaramado sobre el muro y habían disparado sobre ellos después de conminarlos a rendirse. Los custodios repelieron el fuego y los militares huyeron despavoridos sin que se reportaran víctimas, pero el incidente provocó una llamada amenazante del **almirante Carvajal (15)**, uno de los jefes golpistas.

Según ha podido conocerse con posterioridad, enterado del suceso, Pinochet dio la orden de comunicar al embajador cubano que las relaciones diplomáticas estaban rotas y ofreció un avión para que el personal de la embajada se marchara inmediatamente, pero esto no fue lo que Carvajal dijo al embajador, sino que se limitó a quejarse por el incidente y anunciar posibles medidas de represalia. El embajador trató de explicarle lo que había ocurrido y ratificó la disposición de los cubanos a defender su territorio si eran atacados. Carvajal interrumpió de manera grosera la conversación y unas horas después llamó al general Benavides para insistir en las amenazas y anunciar que "nivelarían el poder de fuego". A partir de ese momento se intensificó el cerco, los militares desocuparon algunas casas aledañas e instalaron armas de grueso calibre en balcones, azoteas de edificios y sobre los estanques situados en un parquecito frente a la embajada, los cuales abastecían de agua a Providencia en aquel ➤➤





► tiempo. Un helicóptero Bell U-H, similar a los utilizados por Estados Unidos en Vietnam, hizo un vuelo estacionario sobre la embajada y lanzó unas pelotas plásticas rojas con propósitos que hasta hoy desconozco.

Justo en ese momento los aviones estaban bombardeando La Moneda. Muchos años después Payita me refería que cuando a Allende le comunicaron que la aviación se disponía a bombardear el Palacio, reaccionó diciendo que jamás se atreverían a atacar de esa manera la casa de los presidentes de Chile. Pero minutos más tarde, debajo de un escritorio, donde trataba de protegerla con su cuerpo de las explosiones y apenas era posible escucharlo, en tono de broma le comentó al oído, "Payita, parece que sí se atrevieron". La suerte estaba echada, de su muerte nos enteramos unas horas después en la embajada.

La mala nueva la dejó saber uno de sus médicos, Danilo Bartulín (16), que había estado con Allende en La Moneda y de milagro logró escapar, cuando los soldados liberaron inexplicablemente a un grupo de los capturados. Bartulín aclaró que Allende se había suicidado, pero pensando que eso demeritaba su conducta, sus compañeros



Manuel "Barbarroja" Piñeiro, Salvador Allende y Ulises Estrada. Este último, según Max Marambio, "era el representante del departamento Liberación y, en un caso extraordinario como el de Chile, constituía la máxima autoridad de la embajada".

**No más Luis, acompañado por el embajador, abrió la puerta de salida a la calle, una lluvia de balas cayó sobre ellos. Les dispararon desde el balcón abierto de un apartamento frente a la embajada. La gente lo recuerda bien porque allí vivía una rubia de trasero exagerado, muy del gusto de los cubanos".**

difundieron la versión de que había muerto en combate. Lo cual, desde mi punto de vista, despojaba a Allende de su gesto más trascendente. En este caso el suicidio no fue un acto de cobardía, al contrario, la muerte en combate es siempre un accidente, pero Allende decidió morir por sí mismo. Le escogieron el momento, pero él decidió la forma y el lugar que creyó más dignos. Era lo que entendió consecuente con su prédica, no fue un gesto desesperado, en su lógica fue su último regalo a la historia de Chile. Yo hubiera preferido un Allende fuera de La Moneda, encabezando la resistencia a la barbarie que se adivinaba y combatir junto a él para tratar de revertir lo irreversible, pero ya no había nada que hacer. Con la lógica del ajedrecista al que le anuncian un jaque, el Presidente decidió que era un mate y se salió del juego cumpliendo la palabra empeñada, única solución coherente para un hombre que había aceptado la camisa de fuerza de una legalidad que desde un inicio sus enemigos habían violentado.

Para evitar matanzas que de todas formas ocurrieron, se negó a movilizar a los trabajadores hacia las calles y, días antes, llegó a molestarse cuando más de un millón de personas desfilaron en su apoyo frente a La Moneda y muchos le exigieron armas para defenderse de la represión que estaba en marcha. Recuerdo, como una síntesis perfecta de mis propios sentimientos, un inmenso bloque de obreros con un gran cartel que decía: "Este gobierno es una mierda, pero es mi gobierno". En definitiva la guerra civil no era el proyecto por el que había vivido, pero fue él quien propuso a un pueblo ávido los beneficios de una profunda transformación económica, que era como ofrecer una zanahoria desconociendo que en la antípoda de la fábula están los dueños del huerto con el garrote para defender-

lo. Esto era abrir la Caja de Pandora y tratar de razonar con sus demonios sólo con fineza de equilibrista y las artes de muñequero con las que a mucho orgullo había sorteado con éxito otros escollos en su carrera. Concebía su papel como la defensa de los valores constitucionales de la República y dejaba a los golpistas la responsabilidad histórica de echar por tierra estas tradiciones. Para Allende, la "vía pacífica hacia el socialismo" constituía su legado a la doctrina revolucionaria y ese proyecto murió en el momento mismo en que las Fuerzas Armadas se rebelaron contra el presidente electo de la nación. Tenía otras opciones y lo sabía, pero las sentía ajenas. Fue el capitán que se hundió con su barco.

Nunca estuve de acuerdo con esta lógica y la impotencia frente a un fin que consideraba evitable, me provocaba una rabia tremenda. La muerte de Allende me dejó un dolor muy íntimo, que no pude compartir con los compañeros que me rodeaban en el momento de conocerse la noticia. No se me ocurrió solicitar un minuto de silencio, ni cantar el himno de Chile, ni decir un discurso en su memoria. En realidad, ni siquiera el Presidente, con todo lo que lo estimaba o quizá por eso mismo, se salvaba de mis rencores. Sólo me animaba el deseo de combatir contra aquel abuso y ese sentimiento se sobreponía a cualquier otra emoción.

Cerca de la noche los militares llamaron a la Embajada para confirmar la muerte de Allende (17) y solicitar que Luis Fernández Oña los ayudara a localizar a la familia para llevar a cabo el sepelio. Luis aceptó colaborar, con la condición de estar presente y que con posterioridad se permitiera el asilo de la familia Allende en la Embajada cubana. Los militares terminaron admitiendo su propuesta

y prometieron pasar a recogerlo más tarde. Es entonces que se produce un hecho crucial en el asedio de la embajada. No más Luis, acompañado por el embajador, abrió la puerta de salida a la calle, una lluvia de balas cayó sobre ellos. Les dispararon desde el balcón abierto de un apartamento frente a la embajada. La gente lo recuerda bien porque allí vivía una rubia de trasero exagerado, muy del gusto de los cubanos, al que casi oficialmente se le denominaba "la casa de la rubia culona". Saltaron hacia atrás y se refugiaron como pudieron. El que sobrevivieran demuestra que no hay nada más misterioso que la vida, la muerte parecía cosa segura en aquellas circunstancias. Luis salió ileso y Mario recibió una herida a sedal en una mano, aunque con su astucia diplomática la cubrió con un aparatoso vendaje.

La agresión provocó una fulminante respuesta contra los francotiradores apostados con arrogancia, en lugares visibles y desprotegidos. Fue una liturgia liberadora de la impotencia acumulada. Minutos antes habían leído un mensaje de Fidel, que se encontraba de visita en Vietnam. Decía que los cubanos tendrían que resistir igual que los vietnamitas lo habían hecho en el asedio a Quang Tri (18). Ciento veinte fusiles en tiro de ráfaga, cargados con balas trazadoras, comenzaron a arrojar su carga mortífera. La noche se llenó de hilos de fuego, ofreciendo un espectáculo fascinante y aterrador.

Con una precisión de espanto se disparó contra los blancos previamente colimados. Yo tiré sobre mi objetivo, apenas lo protegían unos sacos de arena y las ramas de un arbolito. A causa de la noche no pude precisar cuál sería su suerte, pero observarlo todo el día había sido mi única preocupación. Simultáneamente recibí una lluvia de disparos que destruyeron al instante mi precario observatorio, el polvo de las tejas hechas añicos me convirtió en una rara aparición de ultratumba. Literalmente caí del cielo, muy cerca de un obrero cubano que, en su afán por recargar cuanto antes su fusil, dejó escapar una ráfaga que por nada me arranca la cabeza. A



**18. Quang Tri**

Ciudad vietnamita y cruento escenario de la guerra. En 1972, fue tomada por el Vietminh. Para recuperarla, EE.UU. la bombardeó durante semanas. Los comunistas resistieron hasta ser expulsados por el ejército regular del sur, que perdió más de 5 mil hombres.

**19. Harald Edelstam**

Embajador de Suecia. Asiló a cientos de partidarios de Allende. Solía visitar el Estadio Nacional para tratar de liberar prisioneros, a los que consiguió refugio en su país. En diciembre del '73 fue declarado "persona non grata" y tuvo que salir del país. Murió en abril de 1989.

*"El embajador sueco Harald Edelstam (a la izquierda) venía a ofrecer su colaboración a los cubanos. Avanzaba erguido como una vela, indiferente a la tensión que emanaba de aquella calle llena de peligros".*

partir de ese momento me cuidé con especial celo de mis propios compañeros.

Tampoco pude enterarme del destino de los soldados que estaban en casa de la rubia, cuando el sol descubrió el paisaje, la ventana se notaba arrancada por los balazos, la mesa apenas se sostenía sobre sus patas astilladas y la ametralladora ya no se encontraba allí. Según el cálculo de la mayoría de los presentes, el enfrentamiento duró apenas siete minutos.

En la Embajada sólo resultó herido un funcionario con un balazo en el hombro, ocurrió cerca de mí y se trató de un chofer llamado Julio Fariás. La herida no era grave y fue atendido de inmediato por Ali el médico y el acontecimiento no causó mayor revuelo. El número de bajas no se correspondió con mis pronósticos y todavía hoy me resulta incomprensible ese resultado. Las balas atravesaban de un lado a otro las paredes, el ruido era infernal y el olor a pólvora tornaba el ambiente irrespirable.





El jefe de la defensa del tercer piso era Comas. Hasta entonces se había pavoneado con aires de general, dando órdenes a diestra y siniestra, pero el combate lo sorprendió cuando bajaba una escalera abierta a un inmenso ventanal y no tuvo más remedio que lanzarse de cabeza escaleras abajo, arrastrando a su paso a Magali, una linda muchacha que entonces se disponía a subírnos algo de comer. Comas rodó con ella, se embarró de *ketchup* y todos lo dieron por muerto, a pesar de que sólo se quejaba de la pierna enferma y reclamaba el fusil perdido en la oscuridad. En la desesperación de un combatiente humillado trató de echar mano al fusil de Alicia, su esposa, pero ella era tan brava como él y no quiso entregarle el arma, lo que originó una disputa matrimonial en medio del combate. Pudiera decirse que Comas fue media baja y, para colmo, arruinó la primera y única comida de esos días.

**L**a escaramuza terminó cuando percibimos que hacía rato nadie nos disparaba y los jefes, a gritos y empujones, trataban de frenarnos. El silencio se hizo dueño de la noche hasta que comenzaron a sonar las sirenas de las ambulancias y unas extrañas bengalas eran lanzadas, quizás para ubicar a los militares heridos. Muchas son las versiones respecto a los propósitos que pudo tener el Ejército para disparar contra Luis y el embajador. El informe oficial de los cubanos lo califica como un acto premeditado con fines intimidatorios y provocadores, yo me inclino a pensar que fue una confusión, frente a la eventualidad de que los cubanos abandonaran la embajada. La orden que tenían aquellos soldados era impedir a toda costa la entrada o salida de cualquier persona del recinto diplomático, quizás para evitar el asilo de alguien importante o porque le temían a aquellos revolucionarios acorralados.

Apenas terminado el combate, me sorprendió una visión que resultó casi milagrosa para el futuro de mi vida. Se trataba de un hombre rubio y alto que vestía un impecable traje cruzado y una corbata oscura. Avanzaba erguido como una vela, indiferente a la tensión que emanaba de aquella calle llena de peligros. Se trataba del embajador sueco **Harald Edelstam** (19), que venía a ofrecer su colaboración a los cubanos. Después supe que ya había estado en horas de la tarde, pero yo no lo había visto.

Aposté a que aquel extraterrestre no sobreviviría el trayecto y esperé con morbosa curiosidad el momento de su asesinato. Supongo lo salvó que los militares ya conocían el costo de un disparo equivocado.

La llegada de Edelstam coincide con el rompimiento de relaciones con Cuba y el anuncio de que tendrían 24 horas para salir del país. Lo había dicho por la televisión el propio Pinochet rodeado del resto de la junta, en una de las primeras cosas que hizo en su nueva condición de dictador. El embajador Mario García Incháustegui, un diplomático de vieja escuela que echó por tierra el supuesto de que los tipos de su estirpe no sirven para la guerra, exigía que se dieran las condiciones de seguridad y respeto que establecen las normas internacionales. Nada

**“Minutos antes habían leído un mensaje de Fidel, que se encontraba en Vietnam. Decía que los cubanos tendrían que resistir como los vietnamitas lo habían hecho en el asedio a Quang Tri”.**

de inspecciones como exigían los militares; inviolabilidad para la condición diplomática de documentos, bultos y personas; tiempo y apoyo para localizar a cuatro o cinco cubanos que se encontraban fuera de la embajada y protección para los “invitados chilenos”. En este caso, Tati Allende ubicada en casa de unos amigos, Isabel Jaramillo y Patricia Espejo, secretarías de Allende que habían logrado guarecerse junto a sus hijos en la residencia del embajador y yo, que en realidad era el único chileno en la embajada, aunque los militares suponían que éramos muchos más y hasta se alegraron con la noticia de que no había otros.

Al principio todo parecía que se resolvería sin más inconvenientes. Acompañados por escoltas del Ejército, varios funcionarios salieron a la búsqueda de los que estaban dispersos, entre ellos dos médicos que habían tratado de refu-

giarse en la Embajada y fueron detenidos y maltratados por los carabineros. El embajador visitó su residencia y otras instalaciones diplomáticas y Luis pudo, por fin, recoger a su esposa y su hija. Sólo quedaron en el país cuatro cubanos, un médico con pasaporte de la ONU que decidió salir por su cuenta, y otros tres que no pudieron ser localizados en ese momento. Dos eran instructores deportivos que se encontraban en Antofagasta y se fugaron por la frontera con Argentina y un oficial de Tropas Especiales, a quien el golpe sorprendió en la residencia de Tomas Moro y vivió la odisea de vagar solo por la ciudad, hasta que mediante un salto casi mortal desde un edificio aledaño, cayó en el patio de la Embajada argentina.

**D**espués de varias consultas, el militar encargado de las negociaciones, comunicó la decisión que prohibía mi salida del país. El día antes (el mismo 11) la junta militar había transmitido un bando donde se me incluía entre los hombres más buscados por los golpistas, un honor exagerado y nada deseado, que supongo fue el resultado de Allende haber informado al Consejo de Seguridad Nacional sobre mi participación en la solución del caso de Araya. En el consejo participaba Pinochet.

La reacción del embajador fue comunicarle que todos o ninguno y bajo esas condiciones se negó a abandonar Chile. Agradecí el gesto, pero comprendí que me colocaba en una situación insostenible. Los negociadores jugaban al chantaje de que más adelante podrían no tener el control de la situación y yo no podía asumir la responsabilidad del peligro en que colocaba a aquellas 120 personas.

Ulises y Juan me propusieron quedarme bajo la protección sueca, que sería el país que asumiría la representación cubana. Los suecos no reconocían el derecho de asilo ni tenían acuerdos de esa naturaleza con Chile, pero el embajador Edelstam se había comprometido con mi ➤➤





►► seguridad. Le prometió al embajador que en una semana estaría en Suecia, incluso pensó en la posibilidad de mandarme para Cuba, y habló con el contraalmirante Huerta, recién nombrado ministro de Relaciones Exteriores, que era su amigo y tenía un hijo estudiando en Suecia, pero este se negó de plano. En definitiva acepté quedarme con el sueco, convencido de que a partir de ese momento mi vida no valdría un centavo.

Algunos amigos se negaron a aceptar la idea de dejarme y protestaron con vehemencia. Hubo gestos de hermandad que nunca olvidaré. Recuerdo especialmente el abrazo emocionado de Jorge Luis Estevanel, capitán de Tropas Especiales, que rechazaba la idea de permitir algo que pareciera una rendición e insistía en acompañarme. Estevanel murió años más tarde como jefe del Frente Sur combatiendo en Angola (20). Otros respiraron aliviados y los comprendí. En medio de aquella tensión un recién llegado a quien no conocía trató de aprovechar el momento para obtener ventajas mezquinas, se me acercó aparentemente compungido y me ofreció cambiar su viejo reloj ruso por el Rolex que Allende me había regalado con una dedicatoria muy personal grabada en el reverso. Acepté con una mezcla de tristeza y repugnancia, tal vez porque cualquiera que fuese su intención, me molestaba más imaginar que los militares pudiesen arrancar de mi cadáver una prenda emocionalmente tan preciada; después lamenté haberlo hecho y cuando volví a Cuba, lo busqué y recuperé el reloj.

## 20. Guerra en Angola

En 1975, cerca de 15 mil soldados cubanos desembarcaron en ese país africano para apoyar al Frente Popular de Liberación Nacional en su lucha contra Unita, movimiento nacionalista apoyado por EE.UU. y Sudáfrica. Los cubanos llegaron a ser 50 mil y se quedaron hasta 1988 peleando.



*Funcionarios cubanos abordan los buses que los llevarán al aeropuerto para dejar el país. "Edelstam fue uno de los embajadores que acompañó a la comitiva, por lo que quedé completamente solo en la embajada. Parecía una casa de fantasmas".*





Solicité que me dejaran el dinero chileno disponible, ya que no tendría ningún valor en Cuba y salvo un contador burócrata que se negó a entregar las monedas a su cargo, el resto de los cubanos colaboró con lo que parecía la colecta para un entierro. Sin embargo, por tonta que pareciera aquella solicitud, no fue en vano, pues en los días siguientes resultó de extraordinaria utilidad.

Cuando García Incháustegui y Ulises solicitaron a Edelstam que Suecia asumiera la representación diplomática de Cuba, este aceptó de inmediato, incluso sin haber consultado previamente con su país. Para mi tranquilidad, nos relató que durante la Segunda Guerra Mundial había combatido como guerrillero antifascista y que por ello había sido condecorado en su patria. Su vocación combatiente quedó demostrada cuando García Incháustegui le habló de las armas que no podrían llevarse y Edelstam dijo que las mandaría por valija diplomática, suponiendo que eran unas pocas. Todo el mundo se miró pensando que el compromiso terminaría cuando le mostraran el sótano atiborrado de fusiles, pero la preocupación se tornó en sorpresa cuando el sueco se volvió hacia los cubanos que lo miraban expectantes y moviendo la cabeza negativamente dijo: "no, no, no, éstas armas no pueden salir por valija diplomática...se tienen que quedar aquí para ser entregadas a la resistencia chilena". Luego se volvió hacia mí para decirme: "No te preocupes Max, yo me quedo aquí contigo y esas armas las cuidaremos juntos, yo dormiré en el sofá -precisamente el mueble que ocultaba la entrada al sótano- y tu cubres el piso de arriba".

Durante el tiempo que medió entre ese momento y cuando lo declararon persona non grata, unos meses después, Edelstam se transformó en la única expresión pública de resistencia frente al golpe y en mi gran apoyo dentro de la embajada. La prensa controlada por los golpistas

lo bautizó con el nombre de "Pimpinela Escarlata" y resulta casi insólito que haya sobrevivido ese tiempo. Un año después volvimos a encontrarnos en Suecia. Era el mismo aristócrata elegante y solidario que conocí en Chile pero su cara ya tenía la sombra que marca a los hombres que van a morir pronto.

Los cubanos se retiraron muy entrada la noche. Viajaron hacia el aeropuerto en una caravana de buses escoltada por los militares. Sólo los diplomáticos cargaban con sus armas personales, pero en las maletas llevaban las del resto. Dos autos abrían la comitiva y dos camiones cargados con archivos y enseres

***Tenía la seguridad de que las tropas que cercaban el lugar tratarían de ingresar al edificio aprovechando la confusión del momento. Me dispuse a vender cara mi vida".***

de la embajada la cerraban. En la embajada quedaron 160 fusiles con cantidades importantes de munición y 6 lanzacohetes RPG-7 con sus respectivos proyectiles, ciento y tantas granadas de mano y las máscaras antigases.

Un grupo de representantes del cuerpo diplomático se presentó voluntariamente para acompañar a la comitiva. Viajaron también en los buses con vistas a desalentar posibles emboscadas. La junta difundió la noticia de que había expulsado a los cubanos y que estos se retiraban asustados. Alguna gente los insultó desde los balcones. Había niebla y el camino al aeropuerto se hizo con una solemnidad de velorio. Abordaron un avión soviético al que el golpe sorprendió en suelo chileno. Conseguir un acuerdo con el embajador de ese país se tornó difícil. En realidad no era el único que pensaba que esa nave nunca llegaría a su destino. El propio piloto voló en plan de guerra, se pegó a la cordillera para que no pudieran perseguirlo los cazas, apagó las luces y cerró la transmisión radial hasta alejarse del espacio aéreo de Chile rumbo a Perú.

Edelstam fue uno de los embajadores que acompañó a la comitiva, por lo que quedé completamente solo en la embajada. Parecía una casa de fantasmas y me sentía uno de ellos. Había visto partir a los cubanos haciendo de tripas corazón. Momentos antes Patricio de la Guardia me llevó a un rincón y mirándome a los ojos me entregó su pistola regalona y me dijo "guapo ahí, brother". Asumí aquello como un mandato. Tenía la seguridad de que las tropas que cercaban el lugar tratarían de ingresar al edificio aprovechando la confusión del momento y la impunidad de la noche. Me dispuse a vender cara mi vida. Encerrado en el segundo piso en una oficina que tenía visibilidad al patio y a la escalera de acceso construí una barricada con archivos y escritorios y me rodeé de un pequeño arsenal. Hice una pila con cohetes de RPG 7 y dejé a mano una granada con la intención de volar aquello como último recurso. Pasaron los minutos y luego las horas en un silencio ominoso roto esporádicamente por disparos y ráfagas más o menos lejanas en una espera que se hacía insostenible.

A l amanecer, las 72 horas pasadas casi sin dormir pudieron más que mi sentido de supervivencia y caí en un sopor estupefacto del que salí sobresaltado cuando escuche ruidos de gente en el patio. Creí que eran los militares, pero no. Era un grupo de civiles que curioseaban después de haber ingresado por un portón que evidentemente se quedó abierto la noche anterior. Con la sensación de haber nacido de nuevo, los espanté más apurado que ellos y busqué la manera de reiniciar el contacto con el mundo. Llamé a la Embajada cubana en México, pero sospecharon que se trataba de un provocador y no me hicieron caso. Me comuniqué entonces con la representación en Argentina y hablé con el embajador Emilio Aragonés, un viejo combatiente revolucionario que me dio ánimo y esperanzas. Apenas una semana después ya estaba Comas en ese país buscando la manera de sacarme de Chile, pero quedaba el asunto de las armas y me ofrecí para entregarlas a la resistencia chilena. Y esa es otra historia".